
CAPITULO XV.

DEFINICION DE LA INFALIBILIDAD.

Por fin el grande error iba á perpetrarse, el gran sofisma iba á definirse. La Iglesia caia en pleno absolutismo. El espíritu evangélico se borraba por completo de su tradicion y de su seno. De aquella democracia constituida por los primeros apóstoles y los primeros mártires, democracia llena del espíritu de fraternidad y de igualdad se desplomaba en extraña monarquía absoluta, inmensa, invasora, panteista, triste remedo de las antiguas monarquías asiáticas.

El Papa dirige la conciencia de la Europa latina, y los ultramontanos á su vez dirigen la conciencia del Papa. De consiguiente, jamás se encontró el espíritu moderno en conflicto tan grave con el espíritu de la Iglesia, y jamás la libertad moral de nuestra raza estuvo amenazada de un eclipse tan largo y tan profundo.

El Papa demostraba en su conducta que sólo por delicadeza habia congregado el Con-

cilio. A no tratarse de un dogma que era exclusivamente personal procediera como en el asunto de la Inmaculada Concepcion, por su propio arbitrio, atendiendo sólo á su conciencia. La Iglesia de Dios, que no cabia en el Universo, hallábase así reducida á una sola persona como los antiguos imperios asiáticos. Nada de aquellas antiguas asambleas donde se congregaban los fieles, nada de aquellos concilios donde se oia la voz del Espíritu Santo. El Papa era, el Papa es toda la Iglesia. Síntoma terrible. Las religiones han muerto siempre por separarse de su carácter celeste y caer en la apoteosis de los poderosos. El paganismo vivia en toda su grandeza y en toda su fecundidad; ponía sus cuerdas de oro en la lira de Orfeo, sus líneas divinas en el cincel de Fidias, sus inspiradas palabras en las estrofas de Pindaro, sus ideales figuras en el teatro de Esquilo y de Sófocles;

congregaba á los pueblos en aquellas Asambleas que eran como fiestas del espíritu humano y los hacía sábios hasta el punto de producir los diálogos de Platon, y héroes hasta el punto de grabar en las piedras el sacrificio de las Thermópilas, llenando de génius bienhechores, desde el vapor que se levanta de las ondas de los mares hasta la savia que corre por la fibra de los árboles. Pero en aquellos tiempos últimos de la antigua historia, toda esta obra bienhechora de civilización y de cultura se caía á pedazos sobre el podrido suelo del Imperio romano, porque los Césares, no contentos con haber esclavizado la tierra, se levantaban ébrios de orgullo á los cielos y se confundían sobre los altares con los dioses.

El gran Concilio Vaticano remedaba al antiguo Senado de Roma cuando en sus postrimerías, en vez de legislar sobre los pueblos, divinizaba á los Césares. El Padre Santo, cada vez más persuadido de su omnipotencia y de su infalibilidad, impelia á los obispos á proclamar el deseado dogma. Su convicción era contagiosa y su inextinguible ardor se derramaba en mares de palabras imprudentes. Yo, decía á todos, yo como Juan Mastai creo en la infalibilidad. Pero yo como Papa nada le pido al Concilio. Y, sin embargo, diariamente le pedía que le declarase infalible. Medios morales, medios materiales, todo cuanto había en las manos, lo empleaba en su pró. Jamás se vió cosa semejante. Jamás los concilios de la Iglesia toleraron tamaña intervención del Papa. En cuanto una Comisión se presentaba ó un obispo iba á verle, Pio IX profería exaltados discursos para demostrar que si como hombre era débil, como jefe de la Iglesia no estaba sujeto al error. Un jesuita de buen talante y claro ingenio decía que de progreso en progreso llegaríase á santificar, á divinizar á todos los parientes del Papa, como se ha santificado y divinizado en la liturgia cristiana á todos los parientes de Cristo. A los opositores, á los resistentes les

decía las palabras más temerarias, les dirigía amenazas más graves, dejándose arrastrar de increíbles violencias. Obispo hubo que, asaltado de terror, abandonó á Roma de prisa, y obispo que al llegar la hora de las audiencias caía en cama y llegaba á encontrarse hasta en trance de muerte. Un día le dijo al sufragáneo de un arzobispo católico francés, que su ilustre superior estaba loco porque su ilustre superior era galicano. Cuando los discursos no le parecían suficientes apelaba á los breves. Jamás un orador se mostró tan gárrulo, tan apasionado en ninguna controversia, como aquel Pontífice; mezclaba informe de sumo sacerdote y de atrabiliario periodista, de oráculo y de tribuno. Las obras de los enemigos de la Infalibilidad eran anatematizadas, su defensa prohibida; y en cambio prodigábase toda suerte de loores á los obispos ultramontanos. Las cartas del prelado de Orleans recibían estos calificativos: «Montón de vanos sofismas, causa única de las universales perturbaciones que agitan las conciencias.» En Enero de 1870 aseguraba en medio de los debates, y poniendo su espada en uno de los platillos de la balanza, que la sana teoría religiosa era la teoría de la Infalibilidad enseñada por la tradición, por la escritura y por los concilios. Felicitando al obispo Segur, mantenedor de una extraña teoría de que el Papa es todo, indicaba que en los opositores tenían su mayor aliado las fuerzas del infierno. Los católicos liberales eran señalados como hombres peligrosos, imbuidos de principios racionalistas, é incapaces de someterse á la sagrada autoridad de la Iglesia. El Nuncio de la Santa Sede en París, felicitaba á todos los franceses que habían abrazado el dogma de la Infalibilidad. No quedaba otro remedio sino entrar en esa herejía contra la razón ó salir del seno de la Iglesia.

No acabaríamos nunca si hubiéramos de citar las inconveniencias de lenguaje cometidas por Pio IX en la defensa de su divinidad. El más vulgar sentido le aconsejaba abste-

nerse de toda intervención, puesto que se decidían dogmas de su personal interés; mas la ambición de ver su persona divinizada y la Iglesia católica en él resumida, le poseía de suerte que traspasaba todos los límites y se precipitaba en toda suerte de abismos, perdiendo en el respeto de los conciliares todo cuanto ganaba en seguridad de su victoria obtenida por el terror y por la fuerza. Un día lo tomaba con los conciliadores, con aquellos desechos de no combatir rudamente al espíritu moderno, llamándoles falsos sábios y capitanes ciegos, sin caer en la cuenta de que los conciliadores formaban la mayoría del Concilio. Otro día mostraba hasta el fondo de su alma gritando que deseaba ser libre como el viento. Ya profería maldiciones contra el mundo, ya rogaba á los fieles que violentasen al Espíritu Santo, y le forzaran á caer en lenguas de fuego y de ideas sobre la frente del Concilio.

Abriase la exposición de las artes religiosas en uno de los claustros que avecinan á Santa María de los Angeles, aquella iglesia tan grande que parece un horizonte en alta mar, donde se recuerda á un tiempo la majestad del mundo romano en las gigantescas bóvedas, la inspiración del mundo católico en los bellos frescos, la vida y la fecundidad de la naturaleza en los sublimes bosques de cipreses. La Iglesia, á pesar de su oposición á nuestra cultura, entraba en la costumbre de las exposiciones, y el Papa presidía la inauguración de una de objetos religiosos, acompañado por un grande número de obispos. Con este motivo hubo discurso, porque Su Santidad es un tanto gárrulo, y en el discurso alusiones á las cuestiones candentes. Contábase que uno de los católicos llamados en la Iglesia liberales, y que nos parecen á nosotros en el mundo profundamente reaccionarios, había dicho que la Iglesia necesitaba un mil setecientos ochenta y nueve, ó sea una revolución liberal. Y en efecto, si la frase no era cierta, la frase era justa. Muchas gentes de ánimo sencillo esperaban que al venir los obispos de

las cinco partes del mundo, instruidos en las fases de la profunda perturbación que agita á las conciencias, penetrados de la soledad en que está la Iglesia, cada día más viuda de Cristo, y ménos esperanzada de una renovación, se acordarían de los tiempos evangélicos, de las primitivas Asambleas, del sentido democrático y aun republicano de nuestra fé, y obligarían al Papa, como los Estados generales obligaron al rey, á cerrar las puertas de su templo al aire mortal que se levanta del hueco de los sepulcros y abrirlas de par en par al espíritu divino de la libertad. La ocasión era única, los medios muchos, los beneficios seguros, el concurso de todo el mundo moderno indudable, y la ciencia misma no hubiera dudado de la virtud de una Iglesia que supo en el siglo cuarto preparar la educación de los pueblos modernos y sabía en nuestro siglo completarla. Pero el Papa condenó en aquel momento y con aquel motivo todas estas racionales aspiraciones, exclamando:—«Son una blasfemia.»—¡Blasfemia! Pues también lo era, y grande, para los fariseos y para los escribas de Jerusalem que un mancebo oscuro de Nazareth quisiera destruir el templo del Dios de David, y á la palabra de aquel jóven cayó el soberbio monumento por falta del espíritu progresivo que anima á los siglos; y descendieron los ángeles exterminadores á soplar sobre sus maderas de cedro el aliento del incendio y aventar en el desierto sus apagadas cenizas.

Pero el Papa tiene de su autoridad religiosa la idea que los antiguos emperadores asiáticos de su autoridad política. Le parece inmóvil, indiscutible, sin necesidad alguna de esa renovación á que están sujetas todas las cosas humanas. Así guarda sus más ruidosos anatemas, sus rayos más olímpicos para esos pobres de espíritu que son osados á llamarse católicos liberales hasta en su divina presencia. Católicos á medias, decía de ellos en cierta ocasión; alzando los hombros con desprecio, y sonriéndose con menospreciativa

sonrisa. Otro día, sentado en su trono, circuido de católicos fervientes, con las manos agitadas por sacudimientos nerviosos como si despidiera fulminantes rayos, y los labios hirvientes con borbotones de encendidas palabras, grita: no me abandoneis, hijos míos, no me abandoneis. No, no, responden todos. Los que prometen no abandonarle ¡ah! no le abandonan. Yo los he visto ir, el corazón de entusiasmo henchido, la voluntad resuelta á la muerte, en pos de ese fantasma, para ofrecerle heroicamente la vida y sucumbir peleando al pie de su altísimo trono, con la fé de los cruzados, con la abnegación de los mártires. El mundo los ha visto pelear y morir, luchando con los soldados de la libertad en lucha desigual, como los antiguos con el destino. ¡Ah! No le abandonaron. Cumplieron su palabra. Pero le abandonó el espíritu del siglo, y cayó desplomado de su trono, como los más vulgares tiranos.

Pero había más. Con motivo de uno de esos aniversarios tan frecuentes en la Roma católica, el sacro Colegio se presenta al Papa y el cardenal Patrizzi le dirige arrobado y extático un discurso fervorosísimo. En él, adelantándose á las decisiones del Concilio, atribuyéndose una representación de todo en todo usurpada, promete al Papa la declaración de Infalibilidad en justo pago de las declaraciones hechas por el Papa en favor de la Inmaculada Concepción de María. No es posible decir qué nos extraña más aquí si la ambición del Papa ó la irreverencia del Prelado. Decía un ateo que los dioses eran la inspiración interior del alma como la musa de Homero; ó la sombra del hombre, proyectándose en el cielo. Así, añadía, los etíopes, que son negros, hacen también negros á sus dioses. Los cardenales de Roma, como los etíopes de Africa, hacen del Dios que no cabe ni en los espacios ni en los tiempos, del Dios que ha creado con su palabra el Universo é infundido en nosotros el espíritu más grande y más bello aun que el cielo mismo, de ese

Dios, sumó bien, suma hermosura, ideal perfecto de la vida, ser en sí absoluto, una especie de canónigo bonachón y prosaico, sujeto á nuestras debilidades y miserias. Toda esa divinización de la madre de aquel que no tuvo principio ni tendrá fin, es pura idolatría fetichista, buena para las islas del Archipiélago asiático, impropia de nuestra civilización y de nuestra cultura. Y el Papa estaba aquel día de buen humor y la dió tras los charlatanes del Concilio como si él no hablara más que nadie, y les echó en cara que se iban al mundo y se olvidaban del Papa á quien debían sus sillas, sus lueros y sus honores. De suerte que todo aquí era cuestión de agradecimiento, como si dijéramos, cuestión de cómpadres. La Virgen María, agradecida al regalo de la Inmaculada Concepción, respondía con el regalo de la Infalibilidad, y los obispos nombrados ó confirmados por el Papa, debían agradecerle todo esto alzándole sobre sus cabezas y sobre sus mitras como á rey absoluto.

Los obispos opositores, á pesar de estas grandes amenazas luchaban con verdadero vigor. Doloridos, apenados, presintiendo todas las dificultades próximas, compendian breve y sencillamente en cláusulas llamadas postulata los argumentos contra la Infalibilidad. Presidia á la redacción de estos proyectos un arzobispo eminentísimo, devoto al Papa, autor de uno de los monumentos más ultramontanos de nuestro tiempo, el autor del Concordato austriaco, el cardenal Raucher, arzobispo de Viena. Asociábase á esta manifestación con todo el episcopado alemán, que más alejado de Roma y más cercano á los grandes poderes directores de la Europa del Norte, preveían con ojo avizor y certero las inmensas dificultades de la Iglesia, próxima á caer por el error de la Infalibilidad bajo la férrea férula del Imperio. La verdad es, que los obispos de la oposición representaban la mayoría de la Iglesia, puesto que representaban aquellas ciudades de

influencia decisiva y de poder omnímoto en el mundo. París, Orleans, Viena, Munich, el mismo Berlin, eran el núcleo del episcopado europeo, del episcopado que veía los grandes conflictos y que trataba de evitarlos. El alto clero de los diversos pueblos tenía allí diverso carácter. El clero italiano se ligaba naturalmente al Papa en la convicción de que la supremacía de este es la supremacía de Italia sobre el mundo religioso. Nuestro clero más papista que el Papa, estaba decidido al sacrificio, al suicidio, sin que nadie le anduviera á la mano, sin que nadie le molestara, pues apenas la opinión se curaba de la grande Asamblea católica absorta en Oir á su Asamblea constituyente y helada por una antigua indiferencia religiosa. Los obispos americanos apenas podían conocer las dificultades del nuevo dogma, ora porque en el Norte reina la separación completa entre la Iglesia y el Estado, ora porque reina en el Sur nuestra misma indiferencia. Los vicarios apostólicos, los obispos *in partibus* que formaban la mayoría numérica del Concilio, eran naturalmente los más devotos al Papa y los más propios para falsificar la voluntad de la Iglesia. Y una sencilla reflexión es bastante á probar la profunda verdad de este aserto. Leía yo en uno de esos libros que sirven para ejercitarse en la traducción allá en los institutos y colegios que una vez cierto Papa nombró en una de sus asambleas rey de Jerusalem á noble infante de Aragon; y que el infante, agradecido á tal dignidad, se levantó, é inclinándose profundamente en presencia del pontífice y sus prelados, dijo estas palabras: Señores, el Papa me ha nombrado á mí rey de Jerusalem, yo, en justo agradecimiento y reciprocidad, nombro al Papa califa de Bagdad. Lo cierto es que los obispos *in partibus*, los vicarios apostólicos son por el Papa nombrados, para sedes lejanas, alzadas bajo el dominio de príncipes infieles y hasta de trébuchos antropófagos, donde jamás podrían ni dar una bendición, ni recibir un ex-voto. A veces

esos obispados son tan fantásticos que ni siquiera en la geografía existen. Redúcense á distinciones honoríficas, á prelaturas ideales, que permiten darse los aires de obispo sin tener ni los emolumentos, ni las cargas de la Iglesia. Ningun poder político influye en su nombramiento, ninguna necesidad religiosa lo exige. El Papa los aumenta á medida de su capricho y ellos permanecen siempre fieles al Papa. Muchos escritores y prelados de la oposición demostraban la flaqueza moral de un Concilio compuesto en su mayoría de cortesanos y familiares del Papa. Mr. Veuillot se indignaba con profunda indignación, y decía que esos obispos eran los más meritorios, los más sagrados, los más henchidos del espíritu divino, los que recordaban la vida de las Catacumbas y la edad épica del Cristianismo, los que iban al seno del desierto, á los bosques inexplorados é inexplorables á llevar el rocío de la fé, y á traerse muchas veces en cambio las cicatrices de la persecución, víctimas inmoladas en los altares de los sublimes sacrificios. Pero luego, cuando se encontraba frente á frente de un obispo galicano, como por ejemplo Monseñor Maret, obispo de Sura, nombre que no se encuentra ni siquiera en el Diccionario universal de Historia y de Geografía de Mr. Bouillet, que tiene la aprobación del Consejo de Instrucción pública del Ministerio, del arzobispo de París y de S. S. el Papa Pío IX, cuando se encontraba en frente de un obispo así, bien sabía en su estilo pintoresco á la manera de la piel de una serpiente por lo flexible y lo vistoso, burlarse con burla digna de resonar en el café ó en el boulevard, del obispo y del obispado. Así las quejas contra los opositores y las acusaciones eran innumerables. Unas veces les llamaban allá en el Vaticano, «perros sin dientes y sin lengua, perros que ni morderían ni ladraban.» Decíase á voz en cuello que la declaración de la Infalibilidad estaba reclamada por la pereza de esos obispos y por su indiferencia y por sus debilidades, y por sus transacciones, y por